**Capicúa**

Y otras historias que podrían haber sucedido

Pablo Cardillo Alemán

A Nur y a mi hermano Marcelo, los seres que más amo sobre esta tierra.

Y a mis padres, donde quiera que estén

Este libro es para vosotros

Capicúa

No sé con certeza cuándo comenzó todo esto. Supongo que eso realmente poco importa si no sé cual es en verdad el desencadenante. Lo que sí recuerdo claramente es el momento en el que me di cuenta que algo extraño estaba a punto de ocurrir, y que yo estaría irremediablemente implicado en ello.

«Tan sólo son números», pensaba al principio para desterrar toda conclusión teñida de fantasía. Pero aquél día en el que iba conduciendo por las costas de Positano y dio la casualidad de que tres coches seguidos que se cruzaron en mi camino ostentaban también esas caprichosas pero simétricas combinaciones numéricas denominadas «capicúa», me dije que algo que no alcanzaba a comprender me estaba ocurriendo. Algo que probablemente había comenzado varios días antes, pero que yo me negaba a aceptar a causa de mis resistencias a lo inexplicable. Cada vez que cogía mi móvil para ver un mensaje, la hora o incluso cuando concluía una llamada recibida, en la pantalla aparecían combinaciones como 13:31, 2:22, 1:51…Y así, todas seguidas. Quizá como un entretenimiento o para disfrazar esta circunstancia (que en un principio, insisto, me limité a incluir dentro del vasto campo de lo casual) de fantasía, pensé que quizás estas cifras de alguna manera eran, de algún modo, un mensaje destinado a mí. ¿Quién me lo enviaba? Como saberlo… ¿Qué significaba? ¡La ansiada combinación del Euromillones! Eso es lo primero que pensé y me dediqué a desentrañar y a ordenar de diferentes maneras aquellos números, probando todas las combinaciones posibles. Salvo por un día en el que conseguí un reintegro en el sorteo, el tiempo transcurría y yo seguía sin obtener resultado alguno. En un principio pensé que mi ineptitud para las matemáticas me estaba coartando el camino hacia la riqueza, pero al cabo de un tiempo me di al fin por vencido y decidí buscar otra explicación para el extraño fenómeno. Lejos de menguar, los misteriosos mensajes numéricos seguían apareciendo. Pero no solo lo hacían en mi móvil; los veía en los tickets de las compras, en los contadores de los surtidores de gasolina, o en ciertas fechas. Era como si lo que quisiese llamar mi atención, ante mi impavidez, me gritara y me sacudiera para que reaccionase.

Decidí entonces encarar la situación desde otro punto de vista totalmente diferente, en principio menos materialista. Me expuse a mi mismo mi situación actual, y para ello, necesitaba viajar atrás en el tiempo. Me hallaba viviendo desde hacía diez años en un pueblo costero de la soleada Costa Amalfitana, muy lejos de la neblinosa Londres que me había visto nacer. Luego de casi treinta años de vagar en la misma ciudad sin un rumbo fijo, desarrollando trabajos diferentes o cambiando de carrera (comenzaba estudiando Botánica para dejarlo al poco tiempo, sin razón aparente, y decantarme por la informática), porque ninguna me satisfacía ni me desagradaba del todo. Lo mismo me pasaba con los trabajos. En todos ellos las situaciones de agobio eran moneda corriente y no veía otra solución que no fuese la de